

TIEMPOS



Miró hacia un lado y hacia el otro y se dio cuenta de que sus compañeros de excursión eran más débiles que él. Sólo uno era algo mayor —ya había cumplido doce— pero no era criterioso ni confiable.

Volvió a mirarse el dedo y vio que era verdad: el anzuelo había entrado por la yema del pulgar y lo había atravesado hasta salir al lado de la uña.

Había querido lanzar la caña un poco más lejos que de costumbre, el hilo se enredó en las ramas de un árbol y el anzuelo, en lugar de ir a parar al agua, volvió como un búmeran a clavarse en su mano izquierda.

El susto hacía que el dolor no fuera tan grande. Estaba allí, medio atrapado, y todo dependía de él. Era tiempo de actuar.

Vaciló un instante y concluyó que lo mejor era cortar el hilo con sus dientes sin perder tiempo en desenredarlo. De entrada probó con los caninos, donde se concentra la fuerza de la mandíbula, y tuvo éxito.

Antes de comenzar a correr ya estaba agitado. Hubiera querido sobrevolar en línea recta los trescientos metros de sendero sinuoso que separaban su casa del recodo del río donde le gustaba ir a pescar. Se dio cuenta de que había hecho bien en no pedir ayuda, porque sus compañeros seguían en lo suyo, salvo el de doce, que había notado algo y al verlo correr le gritó que no se olvidara de devolverle el anzuelo.

Los vecinos que tomaban mate en el muelle aquella apacible mañana de domingo notaron que iba demasiado reconcentrado y pálido y se quedaron expectantes.

El padre estaba solo en el parque, entretenido con las herramientas y la máquina de cortar el pasto. Lo vio llegar y casi no hicieron falta las palabras. Mientras evaluaba cómo sacar ese gancho de puntas tramposas, le decía al hijo (o tal vez a sí mismo):

—Tranquilo, tranquilo. Esperá un poquito.

El padre hurgó en la caja de herramientas y eligió una pinza. Después, con la mano izquierda aferró el pulgar lastimado para mantenerlo quieto.

Pero no hubiera hecho falta, porque él ya mantenía su mano inmóvil a pesar de que todos sus músculos estaban temblorosos debajo de la piel. Se apoyaba alternativamente en una y otra pierna como si de ese modo se inyectara anestesia, y mantenía la mirada clavada en lo que hacía el padre. Vio cómo con la pinza cortaba el ojal del anzuelo. Vio cómo lo sacaba hacia adelante, procurando rotarlo para que la curva recorriera el camino trazado por la punta. Él también sabía que era eso exactamente lo que había que hacer.

Como un adulto, observó el dedo liberado, primero el orificio próximo a la uña, luego giró un poco la mano y observó el otro. Eran apenas puntitos rojos. No quiso tocarse por temor a que le doliera más. La “tragedia” había pasado. Respiró hondo mientras ante sí pasaban como un relámpago las imágenes de las angustias y peligros superados. Recién entonces, sin mirarlo, se aferró al cuerpo de su papá y lloró como un niño.